

Las mujeres en la Nueva España

En capillas

Educación y vida cotidiana

Pilar Gonzalbo

Muchos historiadores y pedagogos interesados en conocer las condiciones de la educación en la época colonial, se sienten defraudados al comprobar la pobreza y la relativa inutilidad de la instrucción que entonces se impartía en los colegios y el escaso número de jóvenes que tenía acceso a ellos. Una mirada superficial a los testimonios de la época podría sugerir que las autoridades se preocupaban muy poco por la educación de los ciudadanos y que éstos disfrutaban tranquilamente de su ignorancia e imprevención.

Sin embargo una sociedad ordenadamente constituida como la novohispana, con costumbres rígidamente establecidas y creencias y principios morales ampliamente aceptados y extendidos, tenía que ser el resultado de algún tipo de educación, más que de im-

posiciones arbitrarias. La educación en la Nueva España se dirigió hacia la implantación de patrones culturales que buscaban, principalmente, integrar a los individuos a la actividad y al grupo social que les correspondiera. La preocupación de las autoridades a este respecto fue constante, y los resultados, desde su punto de vista, satisfactorios.

La falta de instrucción no constituía un impedimento para que muchas mujeres criollas y españolas, e incluso algunas indias, recibiesen una esmerada educación: su ignorancia en cuanto a la aritmética y la ortografía era compatible con la habilidad que manifestaban en otro tipo de actividades, por ejemplo, el manejo de la doctrina cristiana o, en general, los conocimientos que se requerían para un eficiente desempeño de las ocupaciones de la vida familiar y social. Comprender esta concepción de la educación, imperante durante casi trescientos años, es un requisito indispensable para la interpretación adecuada de la labor educativa en la época colonial.

Reseña

Cuatro libros sobre la historia de Veracruz

Por Álvaro Quijano

La mayor parte de los estudios realizados sobre el desarrollo histórico del estado de Veracruz proporcionaban hasta ahora una visión limitada de los acontecimientos sobresalientes de esa entidad. Gracias a investigaciones como las aparecidas en

1986 en coedición de El Colegio de México con el gobierno del estado de Veracruz, estas carencias comienzan a ser subsanadas, y van cobrando una forma cada vez más precisa la historia general del estado y las peculiares influencias de ciertos individuos en el desarrollo general de los acontecimientos. En particular, *Veracruz liberal, Veracruz, capital de la nación, ...nunca un desleal* y *La semilla en el surco* echan luz sobre uno de los periodos más complicados en la historia reciente, el que va de 1858 a 1960 y que incluye su-

cesos tan importantes como la Reforma, la Revolución y la modernización del país.

Carmen Blázquez

Veracruz liberal (1858-1860)

De esta manera, el panorama político que Carmen Blázquez estudia en *Veracruz liberal (1858 - 1860)* va más allá de las generalizaciones sobre la unidad de principios políticos e ideológicos, para intentar una descripción de los intere-

A todo lo largo del periodo colonial, el imperio español dispuso de los más variados recursos de persuasión y de fuerza para lograr la incorporación de los vasallos americanos al proyecto social deseado por la Corona. La iglesia y los particulares interpusieron sus propios proyectos e intereses; de esta manera, las circunstancias locales terminaron por imponer sus exigencias al proceso de evolución y crecimiento. A mediados del siglo xvi, cada grupo defendía su propio modelo de sociedad. Los funcionarios reales aspiraban a cumplir el mandato de los monarcas de incorporar a los indios como vasallos fieles y sumisos, tributarios pero no esclavos; por su parte, los conquistadores instrumentaban un sistema de enriquecimiento y explotación económica basado en la perpetuidad de la encomienda y los religiosos deseaban establecer una perfecta comunidad cristiana, para lo cual pretendían mantener a los indios aislados de la perniciosa influencia de los españoles. Mientras, la sociedad indígena, desarticulada lo mismo por la imposición de un nuevo sistema de vida como por la derrota militar, carecía de fuerza para intentar siquiera mantener vivas sus instituciones.

La legislación surgida de las aspiraciones de justicia de los monarcas españoles tropezó con la realidad; chocaron los intereses de autoridades civiles, encomenderos y eclesiásticos, y el resultado fue una nueva organización que muy poco se parecía a los paradigmas que concebían todos los interesados.

Los primeros años de la Colonia fueron de tanteos e improvisaciones y se desarrollaron ambiciones particulares e idealismos esporádicos. Cuando el sistema

político-económico concretó y afianzó sus mecanismos, en el último tercio del siglo xvi, se manifestó un complejo de fuerzas relativamente estable y unificado. Durante más de cien años, la estructura económica del virreinato fue bastante firme; la depresión económica que influyó en la sociedad europea tuvo poca repercusión en las provincias de ultramar: las crisis que afectaron a determinadas regiones no incidieron en el desarrollo de otras. En general, se mantuvieron fórmulas de explotación, trabajo y convivencia justificadas mediante concepciones filosóficas religiosas impuestas con la colaboración de la iglesia y de las instituciones educativas.

Como consecuencia del choque étnico y cultural, las mujeres adquirieron importancia como sintetizadoras de viejas tradiciones e impulsoras de soluciones ante los problemas que planteaba la vida cotidiana. Las mujeres indígenas tuvieron pocas oportunidades de mantener sus anteriores creencias y debieron reprimir las manifestaciones externas de los antiguos cultos religiosos; en cambio, conservaron hábitos y rutinas domésticas prehispánicas que escaparon de la atención de los evangelizadores, ya que, aparentemente, no afectaban a la nueva fe y sus prácticas religiosas. Estas tradiciones impregnaron la vida novohispana de un peculiar carácter mestizo, muy diferente de cuanto los españoles habían dejado al otro lado del océano. El habla popular, el vestido, la alimentación, algunas prácticas curativas y el orden doméstico mostraban claros rasgos de su arraigo americano.

Las primeras españolas, esposas, hijas o compañe-

ses de las sociedades locales, de sus diferencias políticas y de su particular modo de encarar la guerra civil. Sólo así adquieren sentido algunas circunstancias históricas como las divergencias entre liberales veracruzanos por la promulgación de la Constitución de 1857, la identificación de algunos de ellos con Ignacio Comonfort, la aceptación del pronunciamiento de Tacubaya o la decisión de dejar que los acontecimientos marcaran el curso a seguir.

Es interesante subrayar que el trabajo de investigación que realizó Carmen Blázquez para la elaboración de este libro se apoya primordialmente en los archivos notariales disponibles de cuatro ciudades (Veracruz, Córdoba, Orizaba y Xalapa), los cuales permitieron reconstruir, a falta de fuentes pri-

marias, los problemas que afectaron a la región central del estado, el sentir político de los sectores sociales de cada población y los intereses locales en juego. Con este mismo objetivo se utilizó documentación de los Archivos Nacionales de Washington depositados en la biblioteca de El Colegio de México, de la Secretaría de Relaciones Exteriores, del archivo de Matías Romero que se encuentra en el Banco de México, del archivo de la Defensa Nacional y de los ramos de Gobernación, Fondos Privados y Hacienda del siglo xix del Archivo General de la Nación.

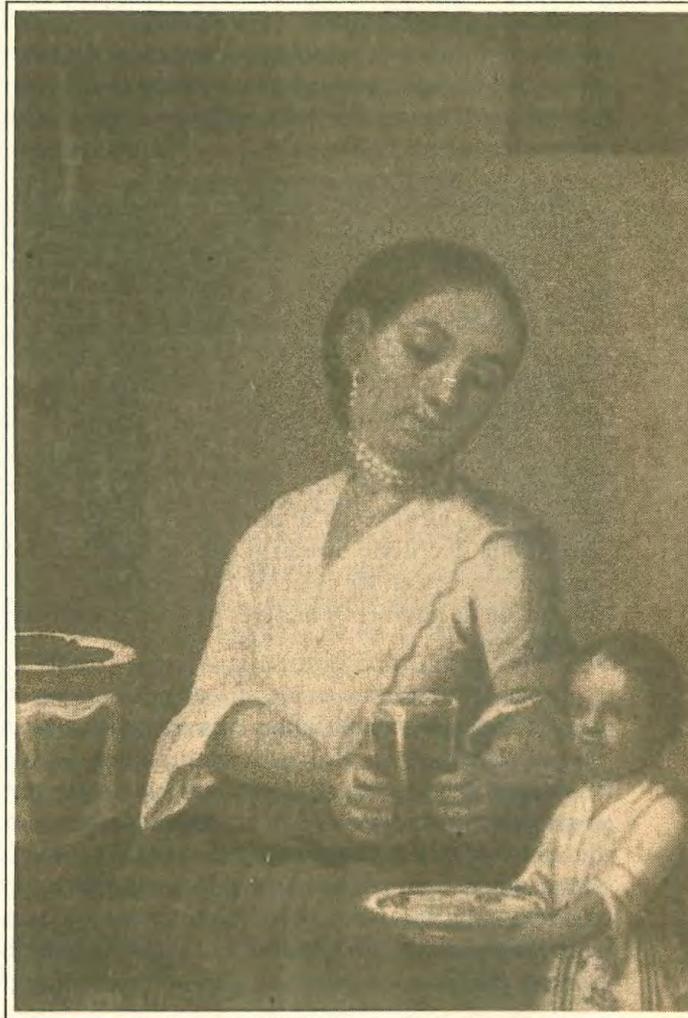
Con todo este material la autora logra presentar una panorámica histórica distinta, con nuevas posibilidades de interpretación sobre el grupo liberal veracruzano, las causas de sus fluctuacio-

nes políticas, las ambiciones de poder, los efectos de la guerra a lo largo de la entidad, la medida de la influencia juarista y el tipo de relaciones establecidas entre el gabinete constitucionalista y la administración estatal.

Entre las diversas conclusiones que obtiene Carmen Blázquez, tal vez una de las más interesantes es que la guerra de Reforma tuvo graves repercusiones en la sociedad veracruzana, pero también favoreció los intereses de los grupos mercantiles y permitió la concentración de la propiedad rural y urbana a través del proceso de nacionalización. Son sobre todo los comerciantes porteños, concluye la autora, los más beneficiados, pues se requería de recursos y se acudió a ellos negociando rebajas en los derechos de

ras de los conquistadores, tan ambiciosas como ellos, estaban deseosas de alcanzar una situación privilegiada y contribuyeron a formar el grupo de familias influyentes que pretendía para sus hijas una educación que las capacitase para ser esposas de caballeros ricos y acaso ennoblecidos. Pronto surgieron huérfanas o viudas de conquistadores y llegaron otras mujeres de la península sin bienes de fortuna ni compañía masculina que les diese protección y sustento. La administración local y los individuos prominentes de la sociedad colonial debieron enfrentar el problema de proporcionar a estas españolas, o descendientes de españoles, una situación económica decorosa y una posición social respetable, acorde con su pertenencia al grupo dominante. Para asegurar la honestidad de sus mujeres y el prestigio de sus familias, se fundaron instituciones de carácter aparentemente laico, pero que en realidad estaban imbuidas del espíritu religioso. De este modo, los principios morales fueron más eficaces que las rejas y los muros para coartar la libertad de quienes eran depositarias del honor de sus antepasados, a la vez que representantes de virtudes muy ensalzadas, aunque poco practicadas.

La realidad social impuso un tipo de educación para cada grupo de mujeres, de acuerdo con su pertenencia a los distintos grupos raciales y sociales. Para las mujeres indígenas, la familia y la comunidad fueron los únicos centros educativos, por lo cual las tareas del hogar se convirtieron en su principal ocupación. Los conventos y colegios que acogieron como educandas a algunas niñas de las ciudades, influyeron más por ser el prototipo de educación deseable que por el



importación, la venta de propiedades eclesiásticas o préstamos con la garantía de los mismos bienes, y la consecuencia final fue la creación de grupos de presión cuya acción se ejerció una vez obtenido el triunfo liberal, cuando se necesitaba la tranquilidad pública para iniciar la reconstrucción nacional.

Berta Ulloa

Veracruz, capital de la nación (1914-1915)

El propósito de *Veracruz, capital de la nación (1914-1915)*, es estudiar el gobierno nacional de Venustiano Carranza durante el perio-

do que va de noviembre de 1914 a octubre de 1915. El primer capítulo se dedica a un antecedente de relevancia: la ocupación estadounidense de Veracruz. Berta Ulloa relata con detalle el sorpresivo desembarco de las tropas norteamericanas y la ocupación del Hotel Terminal como cuartel general. Es interesante señalar que el motivo que se pretendía justificar con esta acción violenta era "supervisar la administración de los asuntos, en razón de las presentes condiciones de disturbio en México". Pero el puerto de Veracruz supo demostrar por qué ha sido considerado a lo largo de nuestra historia como un bastión del heroísmo. Por una parte, la resistencia del pueblo fue continua, y la respuesta diplomática de Carranza supo ser oportuna y

contundente. El resto del capítulo hace un interesante análisis de las conferencias de Niagara Falls y de las diferencias y rivalidades entre los principales jefes de la revolución: Carranza, Villa, Zapata, y termina con el retiro de las tropas estadounidenses de Veracruz.

Los capítulos siguientes del libro hacen un recuento histórico de los once meses en que Veracruz fue capital de la nación. Cabe destacar las páginas que se ocupan de "La vida en Veracruz", donde la maestra Ulloa presenta un cuadro completo del estado en aquella época. Este capítulo, quizá uno de los más interesantes y completos, parte de una explicación de la situación económica de la región, describe los conflictos entre los constitucionalistas

número de colegialas, realmente reducido, que asistió a ellos. En el caso de los varones, la educación se basaba en el ejemplo y en la irradiación de las "buenas costumbres", tanto entre las familias encumbradas como en las más humildes.

El centro del interés educativo se desplazó, paulatinamente, de la formación religiosa como único bien valioso hacia la ampliación de estudios prácticos para todos los grupos sociales y para los dos sexos. La primera tendencia se manifestó durante los años centrales del siglo XVI, cuando el fervor misionero tendía a la creación de una comunidad cristiana ejemplar, semejante al cristianismo evangélico de los primeros siglos de nuestra era. Reducido a rutinas y estereotipos, este generoso afán se consumió en servicio de intereses ajenos. Durante los últimos años del siglo XVIII predominó el criterio utilitario que buscaba una formación práctica en las ciencias y las técnicas, y la capacitación de hombres y mujeres para un trabajo más productivo.

Desde la catequesis en los atrios de los conventos impartida por los mendicantes evangelizadores, hasta las escuelas pías y municipales de los últimos años del virreinato, las jóvenes novohispanas tuvieron numerosas oportunidades de obtener una educación acorde con las exigencias de su sociedad. Un aspecto esencial fue su asimilación a la vida doméstica y a las tradiciones y prejuicios ancestrales correspondientes a los diferentes grupos sociales. Los sermones, confesiones y celebraciones religiosas afianzaban en ellas los conocimientos doctrinales y les inculcaban la devoción

por los santos, el respeto a los representantes del clero y la reverencia hacia los símbolos de la fe [...]

La educación para el matrimonio

Si pretendes el casamiento temporal guardarás, pues, celosa, tu primer amor para tu marido. Puesto que es un gran engaño en lugar de presentar un corazón entero y sincero, un corazón usado, trasegado, contaminado de amor.

Francisco de Quevedo, *Introducción a la vida devota*

El momento culminante en la vida de las mujeres era, sin duda alguna, el enlace matrimonial o, en caso de que hubieran elegido la vida en el claustro, su profesión religiosa, pero es necesario tener presente que las monjas siempre constituyeron una minoría. Los padres se preocupaban por concertar un buen enlace para sus hijas; las madres procuraban prepararlas para que supieran cumplir con sus obligaciones conyugales, y las jóvenes, en casi todos los casos, se sometían a la costumbre de que sus progenitores resolviesen su futuro, y sólo les restaba poner todo de su parte para no defraudar al pretendiente elegido.

En la Nueva España, las primeras mujeres españolas se casaban con toda facilidad, sin que nadie les preguntase por su pasado ni les exigiese cualidades meritorias de belleza, fortuna o educación; se trataba de "poblar la tierra" y de afianzar las conquistas con familias que arraigasen en las nuevas ciudades.

y el clero, y llega a una fluida recreación de la vida cotidiana en el puerto: "Todas las noches eran amenizadas por diversas bandas musicales que tocaban frente al Muelle de Sanidad, en el Malecón o en la Plaza de Armas, lugares muy frecuentados por la gente, que iba a escuchar música y a charlar con los amigos entre el constante ir y venir de los vendedores ambulantes. Uno de los lugares más concurridos del centro de la ciudad eran los portales del Hotel Diligencias". La vida cultural también tuvo un auge importante por las representaciones teatrales, los centros de reunión donde se bailaba el danzón y, dato curioso, la gente que llegaba de otras entidades del país adquirió rápidamente los modismos del vocabulario jarocho y muchas de sus costumbres

que se extendieron a otras partes de la república.

Otro aspecto importante de este libro, además de la diversidad temática y a la vez rigurosa, es la profundidad con que la doctora Ulloa trata cada uno de los capítulos. En los dos últimos del libro, dedicados a "Los campos y las poblaciones" y a la materia laboral y legislativa, se estudian los factores que determinaron la política agraria y la conformación de los artículos constitucionales. En lo que respecta a la legislación laboral, Carranza había dado el paso inicial desde julio de 1914, cuando prometió legislar sobre cuestiones laborales antes de que se restableciera el orden constitucional. En este sentido fue que cobró auge el movimiento obrero y se formaron ligas, gremios,

uniones y sindicatos. La Confederación de Sindicatos Obreros de la República Mexicana, que había fundado el anarquista español Pedro Junco en 1911, un año antes que la Casa del Obrero Mundial, adquirió nuevos bríos y fue presidida por Propicio Cabral.

El epílogo de *Veracruz, capital de la nación* narra las circunstancias que envolvieron el regreso de Carranza a la ciudad de México, una vez que el gobierno constitucionalista había adquirido fuerza y el puerto de Veracruz había cerrado una de las páginas más brillantes de su historia.



Con la misma finalidad se hicieron venir de España a las esposas de los conquistadores, y se impusieron castigos a quienes se mostraron reacios a reunirse con su mujer. Los vecinos de las ciudades reclamaban en sus cartas la compañía de su familia; en ocasiones expresaban su afecto y su impaciencia por tan larga separación; en otras, amenazaban con no enviar más dinero si su consorte seguía buscando pretextos para retrasar el viaje, y no faltaba quien exponía razones prácticas tan contundentes como la de que las autoridades le habían impuesto pena de cárcel por continuar separado de su esposa, y que le resultaba muy cara la fianza mediante la cual se libraba temporalmente del encierro.

El matrimonio era el estado deseable de todos los seglares y sin embargo, no faltaban impedimentos que lo retrasaban o dificultaban. Para las mujeres de modesta posición económica, la falta de dote podía ser un obstáculo casi insalvable. Hacia 1550, entre los primeros pobladores, muchas madres se quejaban de la imposibilidad de casar a sus hijas doncellas por no tener bienes con que dotarlas. Como medida precautoria, los viejos residentes advertían a sus familiares de la península dispuestos a emigrar, que casasen a las mozas antes de salir de España, porque allí les saldría más barato, y les aconsejaban que trajesen solteros a los muchachos para que aquí consiguiesen un enlace “ventajoso” con alguna joven provista de buena dote.

Aunque no alcanzase cifras tan elevadas como en las Indias, en Castilla la exigencia de la dote era también motivo de protestas, pues contribuía a la prolongación del celibato, con el consiguiente descenso del

número de nacimientos, y propiciaba las uniones ilegales, ya que muchos jóvenes decidían prescindir de convencionalismos y se iban a vivir juntos, sin que mediase ningún contrato ni ceremonia. Se culpaba a las dotes excesivas de muchos de los males que aquejaban a los reinos de la Corona de Castilla, que afectaban igualmente a las provincias de ultramar. Se mencionaba la elevada mortandad de los niños expósitos —el 80%—, tan numerosos, y la triste situación de las mujeres desposadas sin amor ni respeto, por una simple conveniencia económica.

Los novohispanos enriquecidos facilitaban los matrimonios de sus jóvenes parientas castellanas mediante el envío de la dote; también, en algunos casos, completaban generosamente la aportación de su prometida con parte de su propio capital, lo cual le aseguraría a la mujer una posición económica acorde con su rango social. Estas donaciones se consideraban como arras y, según estaba legalmente establecido, debían ascender a la décima parte de los bienes del marido; sin embargo, no siempre constituían una operación distinta formalmente de la aceptación de la dote, ni la cuantía se medía con precisión. Los términos usuales para el otorgamiento de arras hacían referencia al afecto mutuo y al aprecio de las virtudes de la desposada, con frases tales como: “por honra de la persona de vos, la dicha mi-esposa, y por el mucho amor que os tengo, vos mando en arras propter nuptias, para acrecentamiento de vuestra dote”. La donación así documentada sólo se hacía cuando se manejaban cantidades importantes. Las parejas de escasos recursos se conformaban con las simbólicas 13 monedas de la cere-

Ricardo Corzo, José González Sierra y David Skerritt
... **nunca un desleal: Cándido Aguilar (1889-1960)**

En *...Nunca un desleal: Cándido Aguilar (1889-1960)*, Ricardo Corzo, José González Sierra y David Skerritt estudian los orígenes y los años formativos del revolucionario Cándido Aguilar, que emergió del medio de los pequeños productores y que adquirió una cultura política rebelde debido a la influencia del magonismo en su región natal y, sobre todo, a su integración al movimiento maderista. Por otra parte, el hecho de que Cándido Aguilar haya luchado fuera del estado veracruzano, su región natal, y comba-

tiera en distintos puntos del país e incluso contra diferentes facciones (zapatistas, orozquistas y villistas), acrecentó sus convicciones políticas.

De esta manera, la preocupación por estudiar el pensamiento y la acción del revolucionario veracruzano permite una mayor comprensión de los inicios de la revolución en el estado de Veracruz, la consolidación política e ideológica del movimiento insurgente, así como la posterior reconstrucción del estado.

Los autores de este libro han intentado realizar una biografía que relaciona de manera original al personaje con su circunstancia histórica, tarea que merece un especial reconocimiento pues no ha sido fácil obtener información respecto a los diversos procesos

por los que atravesó el movimiento revolucionario en el estado de Veracruz.

A lo largo de este libro, narrado con un estilo ágil y ameno, vemos cómo el general Aguilar, ante la dictadura de Huerta, se incorporó al constitucionalismo y propició de esta manera la hegemonía político-militar en su estado de origen. Con ello se convirtió en uno de los principales promotores de los cambios institucionales y jurídicos que le dieron una nueva dimensión social a la Revolución en lo referente a los problemas agrarios, laborales y educativos.

Más tarde, como secretario de Relaciones Exteriores, durante el gobierno de Carranza, el general Aguilar reafirmó su nacionalismo. Su compromiso con el carrancismo hizo que se divorciara del grupo militarista que tomó

monia litúrgica —que podían ser de bajo valor— y el modesto ajuar doméstico que solía aportar la novia. La costumbre imponía que el marido fuese administrador de los bienes de su esposa, pero hubo numerosas excepciones: muchas mujeres dispusieron independientemente de su herencia familiar o del capital que constituía su dote, siempre bajo la fórmula de que contaban con la licencia de su marido, o con la justificación de que actuaban durante su ausencia. Otras recibieron poder de su esposo para actuar en nombre de ambos, y algunas intervinieron en pleitos judiciales, en defensa del patrimonio familiar, con expresa autorización del marido, quien prefería mantenerse al margen del litigio. Fuera de estos casos extremos, en los que las mujeres debían tomar las riendas de la economía familiar, su actuación no trascendía más allá de los muros de su casa ni del moderado gasto diario que el jefe de familia ponía en sus manos. [...]

La vida en la corte

Es la ciudad más rica y opulenta de más contratación y más tesoro que el norte enfría ni que el sol caliente.

Bernardo de Balbuena,
Grandeza Mexicana

La contraposición entre vida urbana y rural se dio en la Nueva España desde los primeros años del dominio español, cuando se fundaron ciudades en las que los conquistadores pretendieron reproducir pedazos de su patria. La concentración de españoles en las ciudades, y es-



el poder en 1920, hecho que motivó posteriormente su participación en el delahuertismo y su exilio. A su regreso, colaboró con el segundo gobierno del coronel Adalberto Tejeda y después se convirtió en senador y diputado. Durante todos estos años Cándido Aguilar continuó fiel a sus valores políticos e impulsó una nueva generación de políticos civilistas veracruzanos.

Romana Falcón y Soledad García **La semilla en el surco. Adalberto Tejeda y el radicalismo en Veracruz (1883-1960)**

El trabajo de investigación de *La semilla en el surco. Adalberto Tejeda y el radicalismo en Veracruz (1883-1960)*, se desarrolló básicamente

en dos niveles. En el primero, Romana Falcón y Soledad García estudian las complejas relaciones entre Adalberto Tejeda y las instancias del poder superior, es decir, nacional; en el segundo, analizan los nexos que unieron al coronel con sus subalternos, sus aliados locales y sus bases sociales. Ésta no es una historia de la lucha de clases en Veracruz; es la biografía de un hombre que desempeñó un papel central en la forma y el contenido de esa lucha.

Varios estudios monográficos habían puesto ya de relieve ciertos aspectos de la importancia del coronel Tejeda en el proceso revolucionario, en particular su lucha por el agrarismo. Esta obra pretende abarcar un panorama más general, en el que se contempla no

sólo la recepción del historiador profesional, sino también la de un lector menos especializado y no necesariamente miembro de alguna academia.

Si toda biografía ofrece la posibilidad de condensar algo de lo esencial de cada época en una sola vida, esta profunda investigación sobre la vida de Adalberto Tejeda Olivares resume y explica algunos de los pasajes más ricos y dignos de la historia social de Veracruz en la primera mitad del siglo XX.

Fue a partir de un estudio sobre los aspectos políticos de la obra agraria de Adalberto Tejeda que surgió el interés de las autoras por el personaje y por los valores que defendió. Estas simpatías no desmerecieron a lo largo de la investigación, pero la visión original sí se modificó, pues el coronel Tejeda fue

pecialmente en la capital, se mantuvo durante todo el virreinato. Su preferente dedicación a las empresas mercantiles fue una circunstancia que favoreció su asentamiento en los grandes núcleos urbanos.

Los españoles empadronados en la ciudad de México, a fines del siglo xvii, eran en su gran mayoría comerciantes. Había entre ellos muchos jóvenes solteros y casi todos los casados lo estaban con criollas, varias de las cuales eran huérfanas, salidas de algún colegio y dotadas para el matrimonio por alguna cofradía. Para los recién llegados, el tomar por esposa a una colegiala les garantizaba la limpieza de su origen, sus costumbres morigeradas, una modesta dote, y la seguridad de que no tendría a su cargo a la familia política. La preferencia de los españoles por las ciudades se mantuvo invariable y fue en gran parte compartida por los criollos. También fue constante su predilección por el comercio y su propensión a contraer ventajosos enlaces con las jóvenes novohispanas. Si ya a mediados del siglo xvi las ricas herederas tenían que defender sus dotes de la codicia de desaprensivos galanteadores, a fines del siglo xvii eran muchas las mujeres nobles que contraían matrimonio con españoles peninsulares, rodeados del prestigio de su origen y a veces provistos de algún cargo público, aunque casi siempre carentes de fortuna.

En la capital se acumulaban los refinamientos de la metrópoli y la exuberancia de los productos tropicales, el lujo de los nuevos ricos y los caprichos de las modas europeas. Los viajeros veían con asombro tanta riqueza acumulada y tantas delicias efímeras o duraderas. Un viajero de fines del siglo xvi comentaba:

“finalmente, la ciudad de México es un paraíso en la Tierra, colmada de toda comodidad y delicias de toda suerte, gozando de todo lo que viene de España, de la China y de otras provincias de aquellos países”.

Pocos años más tarde, el dominico Thomas Gage hacía notar la comodidad de las casas, la abundancia de carruajes, la limpieza y aseo de las calles y la opulencia de las tiendas. También resaltaba —con desaprobación— la libertad de que gozaban las mujeres, en contraste con sus contemporáneas europeas. Otros cronistas ensalzaron la amabilidad de los vecinos, la hospitalidad de las familias de cualquier condición y la laboriosidad de los indios. En contraposición, destacaba la pobreza de muchos habitantes de los barrios más abandonados, tan cercanos de aquéllos en los que brillaba la opulencia.

Los edificios suntuosos eran el telón de fondo frente al que se desarrollaba la vida ciudadana. Las tiendas seguían llamándose cajones, porque fueron de madera durante más de cien años, hasta que el incendio de 1692 las consumió; en ellas y en los puestos del mercado e improvisadas cocinas de antojitos, realizaban sus compras las señoras y criadas, quienes se hacían acompañar de algún cargador. Junto a las frutas vistosas y aromáticas se vendían graciosas figuras de alfeñique en las dulcerías, quesos, panes y toda clase de alimentos y objetos de consumo. Ω

Las mujeres en la Nueva España. Educación y vida cotidiana, de Pilar Gonzalbo está por aparecer con el sello de El Colegio. Presentamos aquí un adelanto que incluye fragmentos de distintos capítulos de esta interesante obra.

examinado a través de cristales muy diversos que arrojaron nuevos puntos de vista y algunas contradicciones obtenidas de ciertos documentos provenientes de pequeños pueblos y ciudades de Veracruz. Se tomaron en cuenta también los archivos de la Secretaría de la Defensa Nacional, del Centro de Estudios de Historia de México Condumex, de la Secretaría de Relaciones Exteriores y los consulares de Estados Unidos, Inglaterra y España.

Tal vez una de las conclusiones más importantes de esta biografía de Adalberto Tejeda es que, en términos generales, el coronel de Chicontepec, como se le conocía en Veracruz, resultó ser menos poderoso de lo que se afirma, sobre todo cuando se le compara con los verdaderos caciques de la épo-

ca. Sin embargo, la diferencia de primer orden entre Tejeda y sus coetáneos, es que la violencia no fue parte sustantiva de su estilo de gobernar. En contraste con un buen número de gobernantes de la época, la imagen que arrojan los documentos y los testimonios es la de un revolucionario honesto que genuinamente intentó encauzar los senderos por los que marchaban Veracruz y México en beneficio de los trabajadores. La historiografía mexicana nos dice que, desgraciadamente, hubo muy pocos como él.

Por último, hay que destacar que la elaboración de estos cuatro libros fue realizada gracias a un programa editorial entre El Colegio de México, el gobierno constitucional del

estado de Veracruz y la Universidad Veracruzana. De ahí, seguramente, que el trabajo de investigación y la cuidada edición —con más de una veintena de fotografías y mapas de la región— tengan una calidad profesional en todos los sentidos. Este tipo de colaboración entre dos instituciones académicas y un gobierno estatal marcan una pauta importante tanto para el conocimiento de nuestra historia como para su difusión.



En 1986 el Departamento publicó 31 libros (29 títulos nuevos y 2 reimpressiones), 30 números de las publicaciones periódicas de El Colegio y 5 números del *Boletín editorial*.

Apareció el *Diccionario básico del español de México* con un tiro de 10 000 ejemplares. La *Historia general de México* llegó este año a los 140 000 ejemplares con la última reimpression en dos tomos, con un tiro de 10 000 de cada uno. Se reimprimieron también 4 tomos del *Cancionero folklórico de México*. Con la autorización de El Colegio y el patrocinio de la embajada de México en Israel y del Multibanco Mercantil de México, el Fondo Rosario Castellanos publicó la versión en hebreo de la *Historia mínima de México*.

Algunos de los libros aparecidos en 1986 fueron publicados en coedición, compartiendo los gastos de producción con varias instituciones: Universidad Veracruzana y gobierno del estado de Veracruz, Fondo de Cultura Económica, Programa de Investigaciones sobre Población en América Latina, El Colegio Nacional, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, Banco Nacional de Comercio Exterior, Fondo de la Amistad México-Japón, Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile, Universidad de las Naciones Unidas y Universidad de California en Los Angeles (las aportaciones de estas instituciones, recibidas en 1986 para coedición de libros publicados este año y de otros que apare-

cerán pronto, sumaron cerca de 46 millones de pesos que equivalen a 21% de los costos directos de producción de libros y revistas publicados en 1986).

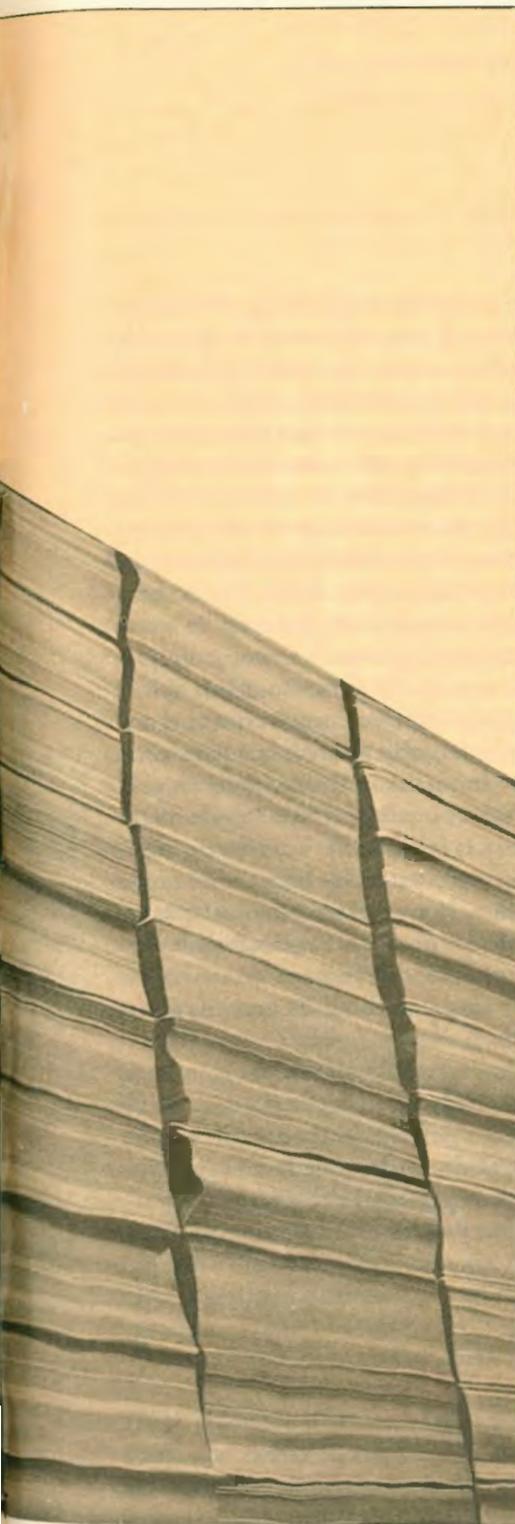
En 1986 El Colegio empezó a publicar dos nuevas revistas que remplazaron a *Demografía y economía: Estudios económicos*, cuyos 2 primeros números están ya en manos del lector (el primer número, del que se tiraron 1 000 ejemplares, se ha agotado) y *Estudios demográficos y urbanos*, de la que pronto estará a la disposición del especialista el tercer número.

El Departamento siguió cumpliendo la labor de apoyo a la difusión y promoción de las actividades docentes de los centros y unidades de El Colegio, informando de tales actividades por medio de folletos y carteles.

El Departamento se vale de una lista de envío, *mailing list* (con aproximadamente 5 000 nombres y direcciones de personas e instituciones del interior de nuestro país y de otros países), para enviar por correo información promocional de nuestras publicaciones. Cada 2 meses el *Boletín editorial* da cuenta de novedades editoriales, actividades de extensión académica y algunos acontecimientos internos; el *Boletín* llega a la comunidad de El Colegio, a nuestros lectores potenciales registrados en la lista de envío y a todos los suscriptores de nuestras revistas.



de Publicaciones durante 1986



En 1986 El Colegio estuvo presente con sus libros y revistas en 13 ferias en la ciudad de México, en 11 en el interior del país y en 7 en el extranjero. Cabe destacar la presencia editorial de El Colegio en el 4° Salón del Libro, Líber'86, que se llevó a cabo en Barcelona, España; ahí se convino con la casa distribuidora H. F. Martínez de Murguía la distribución exclusiva de los libros y revistas de El Colegio en ese país (un primer pedido de 50 títulos, 20 ejemplares de cada uno, ha sido enviado ya a España). Esta casa distribuye en exclusiva, entre otros, los fondos de Amorrortu de Argentina y Porrúa de México.

En 1986 el Departamento redujo a la mitad su gasto real en publicidad pagada. Sin embargo, esta reducción de la información sobre la aparición de nuestras publicaciones se reemplaza con promoción y publicidad sin costo que se realiza por intercambio con revistas afines a las que publica El Colegio, con reseñas y notas periodísticas, y con nuestro *Boletín*.

Harper and Row Latinoamericana, que desde hace tres años es nuestro distribuidor en la ciudad de México, en el centro y en el sur del país, tiene ahora la distribución exclusiva de nuestro fondo editorial en toda la república.

El Departamento continúa distribuyendo directamente los libros de la institución a través del correo, de su comisionista y de la librería de El Colegio. Asimismo, continúa distribuyendo por medio

de suscripciones las revistas que publica, algunas de las cuales (*Foro internacional*, *Estudios sociológicos*, *Estudios demográficos y urbanos* y *Estudios económicos*) ya se venden también en librerías.

En 1986 el Departamento puso en manos del lector 134 596 ejemplares de libros editados por la institución, 20 679 obsequiados y 113 917 vendidos (en 1985 se obsequiaron y vendieron 139 360). Asimismo, El Colegio, a través de su Departamento de Publicaciones, distribuyó 18 070 ejemplares de diferentes números de las 7 revistas que edita, de los cuales obsequió 9 539 y vendió 8 531.

La venta de publicaciones produjo un ingreso neto de 136.5 millones de pesos, de los cuales 82.9 corresponden a la venta que el Departamento llevó a cabo directamente y 53.6 a la que realizó nuestro distribuidor; dicho ingreso es el doble del de 1985 (que fue de 68.1 millones de pesos).

Cabe hacer notar que la recuperación por la venta de publicaciones equivale a 62% de los costos directos de producción de los libros y revistas publicados en 1986 (que en total sumaron 218.5 millones de pesos), y permitió financiar una buena parte del presupuesto autorizado para la realización del Programa de publicaciones de 1986.

En 1986 El Colegio pagó a sus autores 20 millones de pesos de regalías causadas en los últimos 4 meses de 1984 y en 1985.

Oficio de tinieblas o los eunucos de la literatura

Rosa Ana Domínguez Cruz

En la decisión que suprime la distancia entre un traductor y el texto-víctima puede haber todo tipo de factores desencadenantes: los ineluctables, por los que bajo ningún pretexto puede uno dejar de llevar *determinado* texto a la editorial *determinado día*; los sensatos, y por los cuales uno es capaz de acceder a traducir un artículo sobre la transferencia del calor si se lo pagan a 6 mil pesos la cuartilla; los factores derivados de la temeridad, y privativos de aquellos traductores amantes del peligro y que en desafío a las más elementales normas de la cordura un día deciden traducir *Alicia en el país de las maravillas* o algo más arriesgado todavía. Están también los factores sentimentales. A estos últimos se debe la traducción de *El crimen de Silvestre Bonnard*.

Esta obra de Anatole France —que por cierto le valió el premio de la Academia Francesa— no representa un reto infranqueable para la traducción, pero tampoco es el camino más corto al cielo.

France estructura la narración en forma de diario íntimo. Así, sin intermediarios, Silvestre Bonnard nos cuenta su vida y por ello en él recae, también directamente, la responsabilidad por la ironía, la belleza y el volterianismo que pueblan la novela. Una de las características más afortunadas de la novela es la forma en que France nos deja ver con claridad la manera como los personajes secundarios ven a Silvestre Bonnard sin que éste parezca darse la menor cuenta, aferrado a la idea que tiene de sí mismo.

Es así como Silvestre Bonnard siempre está diciendo que es lo que no es.

Si hubiera que descomponer la obra en niveles, en un primer plano —el de las declaraciones del narrador— tendríamos el relato de la vida —y los pensamientos, pues Bonnard es ante todo un hombre de ideas— de un anciano sin imaginación; la vida apacible y monótona de un erudito, cuya escenografía es, al exterior, un París casi

clásico, en el mejor sentido de la palabra y, al interior la Ciudad de los Libros, la gran biblioteca de Bonnard.

En un segundo plano —el de la “realidad”—, tenemos un viaje imprevisto al confín del mundo, que en este caso para Bonnard es Sicilia, en busca del objeto codiciado, del tesoro invaluable: un manuscrito del siglo XIV; tenemos también la aparición de un hada en la biblioteca de un castillo, justamente sentada en el lomo de un gran libro; y finalmente está el rapto de una muchacha. Pero nada de esto bastó para dar título a la obra, quizá porque todo ello escapaba a la jerarquía de acontecimientos relevantes, en la que parece ocupar un primerísimo lugar el crimen de Silvestre Bonnard, que él mismo cuenta así: “Fue entonces cuando conocí el crimen. Las tentaciones me venían durante la noche; al alba eran irresistibles. Entonces, mientras todo en casa dormía aún, me levantaba y salía furtivamente de mi recámara (...) Entraba [a la biblioteca]. Tomaba un volumen de su entrepaño, algún venerable gótico o un noble poeta del Renacimiento, la joya, el tesoro con el que había estado soñando toda la noche, me lo llevaba y lo deslizaba a lo más profundo del armario de las obras reservadas, que se llenaba a reventar. Es horrible decirlo: robaba la dote de Juana.”

Por supuesto todo expresado en un francés impecable, un lenguaje extremadamente depurado que nos facilita el reconocimiento de la elegancia narrativa como característica principal del estilo, y de la risueña seriedad como característica principal del tono.

Había que hacer ver y sentir todo esto en español ¿A partir de qué criterios?

Parece haber una duda eterna entre los traductores no sólo en lo referente a la factibilidad de su oficio, sino en cuanto a su especifici-

Con la traducción de *El crimen de Silvestre Bonnard*, de Anatole France, Rosa Ana Domínguez obtuvo en 1986 el premio Alfonso X para la traducción literaria que otorga el Instituto Nacional de Bellas Artes. En el número anterior de nuestro Boletín publicamos un fragmento de esa deliciosa novela. Ahora reproducimos las palabras que Rosa Ana — alumna en el ciclo 84-86 del Programa para la Formación de Traductores de El Colegio—, leyó en la ceremonia de aceptación del premio.

dad profesional. No basta decir que un traductor es un traductor. Los de mayor renombre, quizá en un afán por rehabilitar el maltratado estatus del traductor, hacen notables esfuerzos por demostrar que son escritores. Las razones que los han llevado a esta suposición son de peso. El lenguaje jamás es lo bastante preciso como para poder echar mano de equivalentes exactos. Allí está el problema. La traducción no es un ejercicio mecánico. La herramienta: la palabra, es el principal obstáculo, sobre todo si se está consciente de que la tarea del traductor no es “copiar”, sino *recrear*. Así pues, para poder repetir lo que se leyó, se necesita más que el conocimiento de la lengua extranjera —o de partida como decimos los traductores— que de por sí debe ser bueno, un conocimiento profundo y un gran sentido de la lengua propia —o de llegada. El traductor vive entre palabras, organiza las relaciones que éstas mantienen entre sí con imaginación, saña, maña y arte ¿Qué si no esto hace el escritor? Pero aquí viene justamente el pero. En su oficio de tinieblas, el traductor vendría a ser una especie de escritor de segunda. En efecto, él no es creador de las historias, de los universos que recrea. Y si bien el escritor suele esconderse detrás de las palabras para dejar vivir su texto, el traductor debe *desaparecer* para que su “presencia” no obstaculice la aparición de las ideas e intenciones del “autor verdadero”.

Se convierte en una especie de eunuco de la literatura. Obligado siempre a obedecer las directivas del escrito original, y a reprimir los deseos de corregir frases que a menudo considera erróneas, ideas que le parecen nauseabundas; obligado sobre todo a contener las ganas de añadir frases que habría escrito en vez del autor y que le parecen claramente más bellas. Y todo porque como dice Milan Kundera, la traducción más hermosa es la más fiel.

Y sí, al final lo deseable, el goce último del traductor y al que ha estado aspirando durante todos los días de la gestación del texto, es que la lectura última suscite las mismas felicidades o repulsiones que la lectura primera,

en el primer idioma. La tristeza última es que tras una larga y agotadora lucha por ser lo más fiel posible al objeto de su deseo, el traductor resuelve el papelón de obstáculo entre el autor y su muy amada obra en la paternidad —o maternidad en mi caso— de una versión condenada a la bastardía, a no ser la “legítima”. Y eso no es justo, pues una buena traducción no sólo puede adquirir estatus de obra con valor propio, sino revalorar a la original.

Quizá algún día, cuando el traductor deje de ser el encargado únicamente de hacer menos malo el mal necesario que es la traducción y se reconozca social y artísticamente a su oficio su importancia real, entonces podrá decir, no sin orgullo, que ante todo y sin necesidad de adjudicarse más oficios, es traductor. Y allí sí, como de ninguna otra, estará consciente de lo que esta palabra significa.

En cuanto a los problemas de traducción de *El crimen de Silvestre Bonnard*, comencemos por el principio: el título. Allí aparece el nombre del personaje principal, ¿qué hacer con él?

No soy amiga de transfigurar nombres. Sin embargo puesto que la descripción de las situaciones, de los lugares y de las personas sufren el mecanismo del trasvase a otra lengua, es lógico que los nombres pasen por el mismo proceso, sobre todo partiendo del principio de que se trata de personajes imaginarios. Por ello me parece que mientras el texto no exija la fidelidad a los nombres originales —porque sea necesario para el argumento hacer hincapié en la nacionalidad de los personajes o cualquier otra razón—, estos pueden ser traducidos.

Ahora bien, el caso de los apellidos es distinto. Estos no pertenecen a ningún “código” que sirva de referencia para distintas lenguas como es el caso del “santoral”

para los nombres y que permite hallar equivalentes en lenguas habladas en el Occidente cristiano.

Tengo alguna sospecha de que los apellidos en la obra de Anatole France no son gratuitos. De alguna manera encajan en la intención humorística del autor. France elige apellidos cuya estructura sugiere palabras que convienen al carácter o a la apariencia de sus personajes. Así, Bonnard vendría a ser una nebulosa mezcla de *bonasse* (bonachón) y *connard* (imbécil); Madame Cocoz remitiría a *cocotte*, que significa “mujer galante” y que es lo que Teresa piensa de ella. Están también Maitre Mouche [mosca], ese “animal anteojado”, como lo describe el propio Bonnard; el capitán Victor Maldent, el insufrible tío de Bonnard, cuyo apellido (Maldiente), me habría encantado traducir como “Malaleche” o algo así.

Había pensado en traducir los apellidos y darles una terminación en francés. Por ejemplo Bonnard por Bue-nard, Cocotte por Coquette, etc. Pero en vista de que había tantos otros apellidos “normales” y dado que mientras traducía la novela hallé en revistas un par de veces el apellido Bonnard, decidí conservar la ortografía de los apellidos.

Ahora bien, en *El crimen de Silvestre Bonnard*, por tratarse de un diario íntimo, la narración está hecha en la primera persona del singular; no obstante, hay momentos en que el narrador utiliza la segunda persona del plural para dirigirse al lector. Tenía que decidir entre utilizar el “ustedes” o el “vosotros”. A pesar de que a lo largo del texto utilicé la primera forma para que no resultara acartonado y tieso, en estas llamadas al lector sí me parece apropiado emplear un vosotros que al igual que tales llamadas resulta un tanto excepcional y al que por lo demás justificaban el tono y la época del relato.

En la novela hay pocos diálogos, y en donde aparecen, el registro de la lengua no se aparta del que reina en todo el libro. Hay un personaje, el ama de llaves de Bonnard, cuya manera de hablar, al igual que la de Francisca para Proust en *En busca del tiempo perdido*, merece para France un cuidado especial. Al hablar de Francisca, Proust señala palabras que aquélla suele decir como remanentes de un habla más antigua o regional.

Si bien el ideolecto de Teresa se caracteriza por el uso de expresiones como “llegar en la diligencia de Miseria al país de la Despreocupación”, en realidad su habla no presenta problemas especiales de traducción, pues más que por un registro distinto en la novela, se distingue por el tipo de epítetos que emplea para referirse a la gente y que reflejan su filosofía personal.

En cuanto al estilo, en busca de la elegancia me serví de párrafos amplios y de frases interrumpidas por una puntuación muy precisa. Había además la posibilidad de emplear frases como “al presente”, “de antiguo”, “de tal suerte”, etc. Por lo demás tuve que tomar decisiones como cambiar de orden los términos por razones de eufo-

nía y elegir la traducción que convenía a la palabra *fort*. Este término normalmente puede traducirse por “muy” sin mayores consecuencias. Aquí me pareció que debía tomarse en cuenta las marcas de anticuado o literario que tiene según el diccionario. Por ello decidí traducirlo por “harto”, cuyo uso es arcaizante, o por “asaz”, que en el diccionario de María Moliner tiene marcas de “literario”.

En lo referente a la fluidez y al ritmo de la prosa de Anatole France estas características a menudo son producto del reguero de verbos que irrumpen en parrafadas claves para la descripción. Un ejemplo: *Mademoiselle Préfère, de bleue vêtue, avançait, reculait, sautillait, trot-tinait, s'écriait, soupirait, baissait les yeux, levait les yeux, se confondait en politesses, n'osait pas, osait, n'osait plus, osait encore, faisait la révérence, brèf, un manège*.

Ahora bien, en este caso, como en muchos otros, hay verbos que no pueden pasar al español en una sola palabra. *Sautiller* por ejemplo sería aquí “dar saltitos”, mientras que *trotter* sería “andar a paso cortito y muy de prisa”, que es lo que hace la deslumbrada señorita Préfère al entrar a la Ciudad de los Libros, la biblioteca de su admirado miembro del Instituto. Añadir todas las palabras que se necesitaban a la retahíla de verbos que ya había y que dan sensación de un movimiento casi frenético, habría sido alterar el ritmo. Lo que se me ocurrió fue agregar una sola palabra a los dos verbos que causaban problema, para añadir a “brincar” y “corretear” los semas de pequeñez, de brevedad. El resultado fue: “La señorita Préfère, vestida de azul, avanzaba, retrocedía, pegaba brinquetes, carreritas, gritaba, suspiraba, bajaba los ojos, alzaba los ojos, se deshacía en cumplidos, no se atrevía, se atrevía, dejaba de atreverse, se atrevía una vez más, hacía reverencias, en pocas palabras, un teje-manaje.”

Ahora bien, a causa principalmente de la época en que transcurren los acontecimientos que Silvestre Bonnard cuenta, es decir entre 1861 y 1882 (la novela fue publicada en 1881), me interesaba traducir el libro a un lenguaje de hoy, salpicado de términos arcaizantes. Por fortuna, para conservar el ambiente había por todos lados palabras como “mitones”, “cabriolés”, “paletós”, etc. No obstante surgieron palabras como *enseigner* que incluso me costó trabajo encontrar en francés. El diccionario *Larousse del siglo xx* lo consigna como “engañar” con marca de anticuado. Así pues tenía que hallar alguna palabra que como en francés, en español hubiese envejecido. “Deludir” significa engañar, burlar y, según el *Diccionario de Autoridades*, “delusor” es una voz puramente latina que tiene poco uso.

Otro problema al que se enfrenta uno al traducir las novelas de Anatole France es que como buen erudito, aborda todo tipo de temas como arquitectura, derecho, historia, encuadernación, vestimenta, con el vocabulario preciso. Pero bueno, éste en realidad es el problema



característico de la traducción literaria, pues como dice Esther Benítez: “Para traducir *un solo libro*, el traductor literario ha de dominar todo un abanico de saberes: será antropólogo, veterinario, sociólogo, botánico, experto en modas, arquitecto, médico, todo de una pieza, en una sola persona y sin perder el ritmo.”

No podían faltar los juegos de palabras. Dice la princesa Trépop: *Dimitri s'ennuie et moi je m'ennuie. Nous avons les boîtes d'allumettes. Mais on se lasse même des boîtes d'allumettes. Autrefois j'avais des ennuis et je ne m'ennuyais pas; les ennuis, c'est une grande distraction.* Aquí France juega con los dos significados que puede tener la palabra *ennui*: “aburrimiento” y “problema”. A partir de ello surge la paradoja: la princesa Trépop se aburre por no tener problemas; los problemas pues son una gran distracción. Desgraciadamente en español no existe una palabra que signifique “aburrimiento” y “problema” a la vez. Probé con “fastidio”, pero no podía decir: “En otro tiempo tenía fastidios y no me fastidiaba.” Puesto que no hallé solución al conflicto, me vi obligada a traducir la palabra según el contexto, y a privilegiar la claridad sobre lo que habría resultado un dudoso juego de palabras. El resultado fue: “Dimitri se aburre y yo me aburro también. Tenemos las cajas de cerillas, pero uno se cansa hasta de las cajas de cerillas. En otro tiempo tenía problemas y no me aburría; los problemas son una gran distracción.”

Aparecían también expresiones que Anatole France ajustaba de acuerdo a sus necesidades. Hablando de los pájaros, por ejemplo, dice: “Ciertamente la señorita Préfère habría logrado establecer en sus dominios pedagógicos el silencio absoluto de los espacios celestes, si los gorriones no hubieran elegido su patio para venir en innumerables parvadas a piar *à-bec-que-veux-tu*.” En francés existe la locución: *à-bouche-que-veux-tu*, que en sus

primeros usos concernía a los alimentos y que conlleva el sema de abundancia. Así pues, France sustituye la boca por el pico en la expresión para referirse a las aves. Mi solución fue muy pobre, pues sin jugar con las palabras me conformé con un humilde “a piar a todo pulmón”. Me arrepiento. Ahora que releo la novela para escribir este artículo, me doy cuenta de que pude haber traducido: “a piar a gorjeo en cuello”, “a trino pelado”, o algo así.

En cuanto a las citas, son siempre una de las alegrías del traductor, porque permite la incursión en lo que podría llamarse el “espionaje literario”. En el caso de esta novela resultó muy divertido llegar a saber, sin contar con referencias dentro del texto, que el rey de Thule es el personaje de la canción que canta Margarita en la primera parte del *Fausto*, o que Amílcar, nombre del gato de Bonnard, fue un general cartaginés, etc., datos importantes que conducen a la ortografía correcta de tales nombres en español.

Había también un extracto del comienzo del IV acto del *Cuento de invierno* de Shakespeare. La versión que yo tenía del español resultó ser una traducción bastante libre, de modo que trabajé a partir de la traducción al español y al francés, para acercarme lo más posible al original en inglés.

Podría extenderme mucho más en los problemas surgidos a lo largo de 230 cuartillas. No lo considero necesario. Los problemas más relevantes y generales han sido mencionados ya. Quedarían aspectos interesantes por discutir, como el de la utilidad o la posibilidad de la renovación de textos como éste a través de un enfoque de traducción distinto al de la fidelidad a ultranza. Este es un problema a partir del cual podría iniciarse un análisis sobre los objetivos de la traducción ¿Basta con darle a un autor lo que es de ese autor?



Poética y profética

Sobre la traducción

Tomás Segovia

Hace unos años traduje un ensayo de Roger Munier. Muy temerariamente, porque el título mismo era ya una advertencia: “La escritura absoluta.” Se trataba de una lúcida meditación sobre la poesía de Rimbaud, en especial sobre el poema en prosa “Genio”. Traducir así bajo la égida (o la espada de Damocles) de esa lucidez me obligaba a ser especialmente consciente de lo que mi trabajo implicaba. Decidí pues, al final, consignar mis reflexiones sobre esa clase de trabajo y añadirlas en la publicación como un complemento y homenaje al autor. [...]

¿Qué puede aportar un traductor, no ya desde la teoría, sino desde la experiencia misma de la traducción, a una discusión sobre las condiciones radicales de la poesía como la que emprende Roger Munier? Para empezar, una visión incomparable del texto. Al más penetrante y minucioso conocedor de una página escrita en una lengua dada le faltaría todavía algo: haberla visto desde otra lengua. Esta experiencia es insustituible. El texto aparece así a la vez en su inexistencia y en su absoluto. Para el traductor, si su texto lo saca (o si él solo sabe salir) de la ilusión de transparencia y de equivalencia dada que la mecanización de su tarea tiende a producir, la escritura se presenta simultáneamente como un proceso de ineluctable necesidad, donde el cambio de la más mínima coma puede pulverizar el texto, y como una radical innecesidad, manifiesta en cada paso de su tarea, aunque sólo sea porque esta tarea es la de producir otro texto que sin embargo es “el mismo”.

Podría pensarse que esta última contradicción — que por supuesto se interpreta en general como la imposibilidad de que su texto sea efectivamente “el mismo”— no hace sino probar el carácter insustituible del original, y con ello la necesidad de que sea lo que es, y de que lo sea literalmente; la necesidad de ser lo que es como lo es. Pienso que todo esto es menos simple de lo que parece. Un acontecimiento verdaderamente insustituible, insustituible en su totalidad y en sus partes, sería un acontecimiento verdaderamente innecesario. O por mejor decir, en él la necesidad

sería indistinguible del azar: lo mismo podríamos decir que es absolutamente necesario o absolutamente azaroso. Sería un acontecimiento absoluto, y el azar y la necesidad sólo empiezan a distinguirse cuando empiezan a no ser absolutos. Un acontecimiento absoluto sucede “porque sí”. Para cualquier mundo que se postule como real hay que postular que ni el azar ni la necesidad son absolutos. Sus acontecimientos no suceden “porque sí”: estarán apresados en un entrecruzamiento de necesidades, una red nunca acabada y nunca empezada, imposible por lo tanto de totalizar y que implica por ello que cada necesidad sólo es visible en su entrecruzamiento con otras, pero sería en sí misma existente: serían todas ellas, destrenzadas, cada una azar para la otra. Para decirlo en lenguaje físico, las cadenas causales sólo aparecen como necesidades (deterministas) en las intersecciones de unas con otras, observables y por lo tanto siempre finitas, que la física llama “hechos”. Vistas en sí mismas, en su pura posibilidad combinatoria y en su potencialidad de determinar “hechos” cualesquiera, aparecen como aleatorias.

Esta muy informal manera de describir el principio de indeterminación nos permite decir de modo no menos informal que, al revés de lo que muchos creen, de lo que creyó probablemente la física clásica y el positivismo, son los hechos los que hacen la necesidad de las causas, mientras que las causas fundan la imprevisibilidad de los hechos. Mallarmé se equivocaba: una tirada de dados *siempre* abolirá el azar; lo que pasa es que a la vez abolirá siempre la necesidad. Abrirá siempre una zona donde podemos yuxtaponerlos: la zona de las *leyes del azar*. Las leyes del azar significan también los azares de la ley: la realidad es esa azarosidad de la ley.

¿Qué puede sugerirnos todo eso para pensar en un texto? Es porque para el traductor el texto es un absoluto por lo que se le presenta a la vez en su necesidad e innecesidad radicales. El traductor no es un lector: para él el texto empieza y termina en sí mismo, es *inutilizable*, es totalmente ajeno, ininterpretable, invalorable, injustificable. Aunque es cierto que la mis-



Arthur Rimbaud. Dibujo de Verlaine

ma persona que traduce es a la vez un lector, como traductor no puede juzgar el texto ni interpretarlo, ni valorarlo; no tiene ni siquiera que comprenderlo, tiene que traducirlo. No es difícil, creo, observar que esta caracterización del texto corresponde punto por punto a la concepción moderna de la literatura, esa concepción de la que Rimbaud es uno de los precursores. Por lo menos éstos son hoy los términos en que hablan de la literatura los críticos teóricos. Para ellos también el poema, como dice Munier, “efectúa lo que nombra” y simplemente está *ahí*. Para ellos, como para el traductor, el texto es siempre un texto sagrado. Es ese acontecimiento absoluto, sin causa y sin consecuencias, cuya necesidad inanalizable está hecha de la pura casualidad de su existencia. Cuando mucho se buscarán sus “causas” y “consecuencias” en otros textos de su misma naturaleza, con lo cual no se habrá hecho sino ampliar la extensión de la definición, postulando una especie de supertexto del que los textos particulares son las partes.

Acaso nos parezca natural que el crítico teórico vea el texto como el traductor, es decir como *algo por traducir*. También él es un intermediario y por ello tam-

poco él es un lector. Sin embargo el crítico teórico no traduce: analiza. Es el otro crítico, más cercano al lector que al teórico, el crítico interpretativo y, como dice Barthes, “ideológico”, el que traduce, el que utiliza el texto, interpretándolo y por lo tanto traicionándolo. El analista en cambio sólo traduce el texto... a sí mismo. Sólo muestra la conformidad de lo escrito consigo mismo y hace explícita la ley de esta conformidad.

En todo caso lo sorprendente es que el poeta mismo vea así su texto. La “escritura absoluta” es la escritura vista como traducible —y no traducida (“Reservaba la traducción”). Pero también no escrita en ninguna “versión original” (“Encontrar una lengua”). Es inconcebible la traducción de un texto para el cual primero hay que encontrar una lengua. La traducción de sus poemas Rimbaud no sólo la reservaba, la hacía cuidadosamente imposible. La “escritura absoluta” es la traductibilidad pura, la traductibilidad sin original y sin traducción, la pura posibilidad de una escritura traducible, pero excluyendo radicalmente su realización. La única escritura absoluta es una no-escritura; el único poema que está *ahí* “como figura”, es una “conjunción pura con el texto”, es un poema puramente posible, puramente virtual, un poema que no está “ahí”. Cuando Rimbaud dice “encontrar una lengua”, hay que entender *lengua* en el sentido de los lingüistas (la *langue* de Saussure), que se opone al *habla* (*parole*). La lengua en efecto no habla, es en sí misma muda aunque esté supuesta en el hablar.

Se comprende la gula con que la crítica teórica actual, llegada a la madurez de su formalismo, se alimenta de una literatura orientada hacia la “escritura absoluta”. Es una literatura vista con sus mismos ojos. Como el crítico formalista, el poeta “absoluto” se reserva la traducción de un texto que por lo demás se abstiene de escribir. A pesar de la boga reciente del vocablo “escritura”, es a una no-escritura a lo que con él se apunta. Barthes lo ha dicho con todas sus letras: lo que interesa no es lo escrito, sino lo escribible. Para el poeta la única manera de “escribir” lo escribible sin reducirlo con ello a lo ya escrito es “escribir” en una lengua que se da como por encontrarse. Confundir lengua y habla. Construir un mensaje que es su propio código —o un código que es su propio mensaje. Tratar de hacer contemporáneo de la comunicación lo que en la comunicación “natural” está siempre ya dado, ya supuesto. Contradicción insoluble en la que en realidad uno de los términos digiere al otro, y el término digerido es siempre el mensaje, el poema real, único digerible puesto que el código, la lengua “encontrable” del poema, es puramente virtual, y sólo ella en su virtualidad podría ser ese acontecimiento absoluto que no podría ser ningún acontecimiento real, ningún hecho de habla, ningún poema efectivamente escrito. Es lo que nos dice Munier: “La palabra (...)

Es el afecto y el presente puesto que ha hecho la casa abierta al invierno espumoso y al rumor del verano, él que purificó las bebidas y los alimentos, él que es el encanto de los lugares fugitivos y la delicia sobrehumana de las estaciones. Es el afecto y el porvenir, la fuerza y el amor que nosotros, de pie en medio de las rabias y los hastíos, vemos pasar en el cielo de tormenta y las banderas de éxtasis.

Es el amor, medida perfecta y reinventada, razón maravillosa e imprevista, y la eternidad: máquina amada de las cualidades fatales. Hemos tenido todos el espanto de su concesión y de la nuestra: oh disfrute de nuestra salud, impulso de nuestras facultades, afecto egoísta y pasión por él, él que nos ama para su vida infinita...

Y nosotros nos acordamos de él y él viaja... Y si la Adoración se va, suena, su promesa sueña: "Atrás esas supersticiones, esos antiguos cuerpos, esas parejas y esas edades. ¡Es esta época la que se ha ido a pique!"

No partirá, no volverá a bajar de un cielo, no cumplirá la redención de las iras de mujeres y las alegrías de los hombres y de todo pecado: porque ya está hecho, dado que él es, y es amado.

Oh sus alientos, sus cabezas, sus carreras; la

terrible celeridad de la perfección de las formas y de la acción.

¡Oh fecundidad del espíritu e inmensidad del universo!

¡Su cuerpo! ¡El desasimiento soñado, el quebrantamiento de la gracia cruzada de violencia nueva!

¡Su vista, su vista! Todos los arrodillamientos antiguos y las penas *levantadas* tras él.

¡Su luz! La abolición de todos los sufrimientos sonoros y movidos en la música más intensa.

¡Su paso! Las migraciones más enormes que las antiguas invasiones.

¡Oh él y nosotros! El orgullo más benevolente que las caridades perdidas.

¡Oh mundo! ¡Y el canto claro de los desdichados nuevos!

Nos ha conocido a todos y a todos nos ha amado. Sepamos, esta noche de invierno, de cabo en cabo, del polo tumultuoso al castillo, de la multitud y la playa, de miradas en miradas, fuerzas y sentimientos fatigados, llamarlo y verlo, y despacharlo, y bajo las mareas y en lo alto de los desiertos de nieve, seguir sus visiones, sus alientos, su cuerpo, su luz.

Traducción de Tomás Segovia

en la exacta medida de su alcance de palabra, cerraba el acceso."

Pero de lo que se trataba (también nos lo dice Munier) era de salvar al poema de la fijeza, de la clausura de lo ya escrito. Mientras que la tentativa desemboca en una clausura esta vez insalvable: la clausura de una *lengua* sin palabras, de un decir que no dice nada (o dice cualquier cosa, da lo mismo, porque un decir infinitamente indecidible es un decir virtual): un texto sin traducción posible o con todas las traducciones posibles no puede ser sino un no-texto. El drama de lo escribible es que o no existe o no es escribible puesto que está ya escrito.

¿La escritura está pues condenada a ser o difunta o nonata? Tal vez no. Munier nos lo demuestra, y puede mostrárnoslo también el traductor. ¿Cómo es que el traductor, colocado frente al texto sagrado de una escritura "absoluta", lo traduce sin embargo? Sin du-

da porque lo traiciona. *Traduttore traditore*, dicen. Afortunadamente. Podríamos expresarlo repitiendo simplemente esta obviedad: que el traductor conoce la lengua del texto antes de traducirlo. Pero también sugiriendo que si su tarea es la de producir otro texto que sea "el mismo", lejos de ver en ello una contradicción, en esa tarea misma está afirmando que su texto sólo será el mismo por ser otro. El poema, nos dice Munier, "este poema, no puede hacerse sino a partir de..." A la vez "sólo se constituye como poema cerrándose". Cualquier texto, por poco poético que sea, se presenta para el traductor como constituido, es decir como cerrado. Pero el traductor lo abre. Se remonta a aquello de donde partió. A la vez se queda en la clausura del texto: puede traducir frases que no entiende, sustituir trozos de lengua por trozos de (otra) lengua sin remontarse a aquello de donde esos trozos partieron. Entonces está moviéndose en lo constitui-

do, pero lo constituido no está para él en el mismo nivel que el texto real, que el acto de comunicación, que el acontecimiento individual ante el cual se encuentra. Esas sustituciones son operaciones de código y no de mensaje, pueden concebirse en forma de un diccionario que necesariamente preexiste, se aplican a cualquier mensaje que cumpla las condiciones necesarias.

Así el traductor traiciona doblemente la clausura inicial de su texto: abriéndolo a una lengua que no se confunde con él y abriéndolo a un origen que tampoco se confunde con él. La traición porque la utiliza. Y de este modo vuelve a ser, pero sólo de vuelta, un lector. La traducción es una tarea que *resulta* ser una lectura del original. Es más: toda lectura es esa tarea, y por eso es siempre de alguna manera una "traducción". El texto leído sólo es "el mismo" porque es otro, el texto mismo sólo de vuelta es "mismo".

Entonces la desesperada dicotomía de lo escribible y lo escrito no es del todo desesperada. La lectura, como la traducción, rehace el poema; no capta sólo su clausura sino que sabe frente a qué es clausura y cómo a partir de ello se clausuró; no lee sólo el texto que está *ahí* sino el movimiento que lo puso ahí. Lo escribible no queda en lo escrito suprimido sino *desplazado*, porque la lectura, al rehacer el poema, lo que lee es lo escribible debajo de lo escrito. Lo lee traduciendo, es decir traicionándolo, es decir rehaciéndolo, que significa a la vez hacer lo mismo y hacer otra cosa, es decir dejando siempre la posibilidad de una traducción diferente, de una lectura diferente. Pero no "indiferentes". No *cualquier* traducción. Porque la reconstrucción de "aquello de donde partió" el texto es una tarea y no un cálculo formal, pero el texto partió (o va en dirección) de algo y no de cualquier cosa.

Ahí está *Genio*. No es "algún ser o idea que tendría lugar fuera de la palabra que lo enuncia..." Yo (entre otros) lo traduzco. Si se concede que mi texto es efectivamente su traducción, *Genio* tiene lugar en otro texto que lo enuncia. Algunas frases las he traducido sin entenderlas. Violando pues el texto, haciéndole el agravio de suponer que no está escrito en una lengua que él ha encontrado o que él hace encontrable, sino en una lengua encontrada mucho antes de su redacción y llamada el francés, para la que hay equivalencias desde hace tiempo encontradas en otra lengua, el español, igualmente preexistente. Otras frases creí entenderlas: supuse que el texto no estaba tan cerrado como para no dejarme mirar por alguna rendija hacia aquello de lo que habla. Otras frases finalmente me parecieron indecibles. Las palabras allí se cerraban efectivamente sobre sí mismas, "por decirlo así sin soporte", reflejadas unas en otras como quería Mallarmé. ¿Literalmente y del todo? No tanto: las posibilidades no eran infinitas, ni siquiera

numerosas. Era más bien un "efecto de código", una no coincidencia especialmente marcada entre la estructura del francés y la del español. No hacía sino mostrar, por contrapartida, el mecanismo que describí primero: la traducción de código a código. O sea que el texto es específicamente moderno por su gran proporción de enunciados ininterpretables. Lo cual puede expresarse así: un texto clausurado, estanco (*clos*, que es algo más que "hermético") no es un texto intraducible, sino un texto que puede traducirse sin comprenderlo. Que es como decir que en él habla el código —el cual no "dice" nada. Esas frases no *están escritas* en lengua francesa: se confunden con ella. Por eso son en rigor intraducibles: una gramática es intraducible, es lo que con ella se *dice* lo que puede traducirse.

Las diferentes versiones españolas de *Genio* se parecen bastante. Sin duda esto se debe a la proximidad de los códigos, al estrecho parentesco entre el francés y el español. Sin embargo no se parecen por lo que significan, puesto que nunca sabremos, Munier nos lo dice, de qué o de quién habla el poema. Se parecen por su estructura gramatical y léxica. Decir que son (aproximadamente) "el mismo" poema es decir que son "la misma" gramática: la identidad del texto es una identidad puramente gramatical, la identidad de una lengua por encontrar que resulta una lengua encontrada: el texto no ha alcanzado el habla, Rimbaud no ha escrito *Genio*.

Y lo sabe. Y va a sacar la consecuencia. Quien supo hablar maravillosamente —porque supo, y se le nota (que es otra clase de lectura de los orígenes)— y ha llegado a no saber hablar, mejor hará en callarse. Concluiré, como Munier, que es en ese silencio donde se lee esa mudez. Allí otra vez significa. *Genio* no es un acto verbal sino una gramática: la gramática del silencio. El poeta no es el que escribió *Genio*; es (o vuelve a ser) el que se va a África a callar. Es un camino sin retorno. Lo curioso es que su ejemplo se siga al revés. La estética de Rimbaud es una estética para no escribir. Todo aquel que escriba debe aprender de ella a buscar otra.

Poética y profética (publicado en coedición por El Colegio de México y el Fondo de Cultura Económica), es un extraño libro. En él, Tomás Segovia hace, tomando como hilo conductor el análisis de tres tragedias (de Lope, Calderón y von Kleist), un deslumbrante recorrido por materias aparentemente tan dispares como la lingüística y la física atómica, el psicoanálisis y el marxismo, la historia y la literatura... Todo con el fin de defender, contra los reduccionismos que afirman la existencia de un último sentido del lenguaje, la oscuridad del texto simbólico y la pluralidad de la interpretación. Reproducimos aquí un interesante fragmento sobre la traducción (pp. 233-240), y el poema en prosa "Genio", de Rimbaud, traducido también por Tomás Segovia y que apareció en *Vuelta* 116 (julio de 1986).

Historia Mexicana 140

Vol. XXXV, núm. 4, abril-junio de 1986

Juan Carlos Garavaglia y Juan Carlos Grosso, "La región de Puebla-Tlaxcala y la economía novohispana (1670-1821)"; *María Vargas-Lobsinger*, "El ascenso social y económico de los inmigrantes españoles: el caso de Francisco de Valdivieso (1683-1743)"; *Manuel Ceballos Ramírez*, "El sindicalismo católico en México (1919-1931)". Examen de archivos: *Pilar Gonzalbo Aizpuru*, "El archivo general de notarías de la ciudad de México". Testimonio: *Josefina Zoraida Vázquez*, "José Fuentes Mares (1919-1986)"; *Luis Muro*, "Bibliografía de José Fuentes Mares".

Nueva Revista de Filología Hispánica

Tomo XXXIV, núm. 1; 1985-1986

Beatriz Garza Cuarón, "La referencialidad como concepto lingüístico"; *Francis Tollis*, "Génesis mental del sustantivo"; *Concepción Company*, "Los futuros en el español medieval, sus orígenes y su evolución"; *Rebeca Barriga*, "La producción de oraciones relativas en niños mexicanos de seis años"; *Louise Vasvari*, "La digresión sobre los pecados mortales y la estructura del *Libro de buen amor*"; *Howard Giskin*, "El hombre selecto como artista en Ortega y Gasset y en Nietzsche"; *Cecilia Graña*, "Buenos Aires en *Amalia*: la ciudad desierto".

Foro Internacional 106

Vol. XXVII, núm. 2, octubre-diciembre de 1986

Robert A. Pastor, "El gobierno de Carter y América Latina: principios a prueba"; *María del Carmen Pardo*, "La ley federal de entidades paraestatales: un nuevo intento para regular el sector paraestatal"; *Rogelio Hernández Rodríguez*, "La política y los empresarios después de la nacionalización bancaria"; *Sergio Aguayo Quezada y Laura O'Dogherty*, "Los refugiados guatemaltecos en Campeche y Quintana Roo"; *Bernardo Mabire*, "La lucha contra la proliferación de armas nucleares".

Estudios Sociológicos

Vol. 4, núm. 11, mayo-agosto de 1986

Alain Touraine, "Introducción al método de la intervención sociológica"; *Rainer Enrique Hamel y Héctor Muñoz*, "Perspectivas de un proceso de desplazamiento lingüístico: el conflicto otomí-español en las prácticas discursivas y en la conciencia lingüística"; *Alain Lipietz*, "Acumulación, crisis y salidas a la crisis: algunas reflexiones metodológicas en torno a la noción de 'regulación'"; *Héctor Muñoz*, "Un panorama de los estudios sociolingüísticos sobre etnicidad y constitución de identidades en México"; *Renzo Abruzzese*, "Formas democráticas en los procesos de transición: el caso de Bolivia"; *Francisco Zapata*, "Militarismo y redemocratización en América Latina".

Estudios Sociológicos

Vol. 4, núm. 10, enero-abril de 1986

Víctor L. Urquidi, "José Medina Echavarría. Un recuerdo"; *Andrés Lira*, "José Gaos y José Medina Echavarría, la vocación intelectual"; inéditos de José Medina Echavarría (1903-1977): "Razón de la sociología", "Sentido y función de la sociología"; bibliografía de José Medina Echavarría (elaborada por Andrés Lira).

El Colegio de México
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.
Teléfono 568-6033
Telex 1777585 COLME
Cable COLMEX

Presidente
Prof. Mario Ojeda Gómez

Secretario General
Lic. Alfonso Rangel Guerra

Coordinador General Académico
Dr. Lorenzo Meyer Cosío

Secretario Adjunto "A"
Lic. Alberto Palma

Secretario Adjunto "B"
Lic. Humberto Dardón

Jefe de Publicaciones
Sr. José Antonio Valadez

Boletín Editorial

Redacción: Ángel Miquel
Diseño: Mónica Díez Martínez
Formación: Ezequiel de la Rosa
Tipografía: Inés Segovia
Impresión: Programas Educativos S.A.

40
años
de labor
ininterrumpida

Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Abril, 1987

435

Secuelas
de horror

Hacia la nueva Universidad

*Ensayos de Ana María Cetto, Fernando Curiel, Pablo González Casanova,
Humberto Muñoz, Mario Ruiz Massieu y Arturo Warman*

*Entrevista con Salvador Zubirán ♦ La novela epistolar
de José Clemente Orozco ♦ Juan Arturo Brennan: sobre Villalobos*

Edificio Anexo de la antigua Facultad de Ciencias Políticas y Sociales Primer Piso Ciudad Universitaria
Apartado Postal 70288 C. P. 04510, México, D. F. Tel. 550-55-59 y 548-43-52

- Suscripción Renovación Adjunto cheque o giro postal por la cantidad de \$ (5,000 cinco mil pesos 00 / 100 moneda nacional)
□ Adjunto cheque por la cantidad de 60 Dls. U.S. Cy. (Cuota para el extranjero)

nombre _____ dirección _____
colonia _____ ciudad _____ estado _____ país _____ teléfono _____



PROGRAMAS EN VIVO

- lunes** "ESPACIO UNIVERSITARIO"
8:30 horas Entrevistas a destacadas personalidades analizando interesantes experiencias en el campo de la ciencia, arte y cultura. Coordinador: Jaime Litvak
- lunes** "DEBATE DE ACTUALIDADES"
21:00 horas Espacio destinado a grandes temas de interés actual como son: literatura, política, sociología, psicología, economía. Conductor: Ricardo Méndez Silva
- domingo** "DOMINGO SIETE"
10:00 horas Tomás Mojarro sostendrá diálogo vivo por teléfono y micrófono abierto con nuestros radioescuchas, sobre cuestiones políticas, culturales, sociales y deportivas.

El público participa llamando a los teléfonos:
543 9617 y 523 3652
XEUN 860 KHz Amplitud Modulada
XEUN FM 96.1 MHz Frecuencia Modulada Estereofónica
XEYU 9600 KHz Onda Corta, Banda Internacional de 31 m.

NOTICIARIO

Información Nacional e Internacional con Llamadas de Corresponsales Mexicanos y Extranjeros Secciones Culturales, Educativas y Científicas Enlace con las Estaciones Culturales de la República Mexicana

LUNES A DOMINGO DE 8 A 10 HRS.
LUNES A VIERNES: 14:30 Y 21 HRS.



SOP

KEEP

1060 KHZ. AM.

XEPPM 6185 KHZ. ONDA CORTA

RADIO
educacion

JAN 10 86